



# 17.000 NOMBRES Y APELLIDOS

## Opinión

**JULIA GARCÍA-GOZALBES**

Médicos Sin Fronteras

ÚLTIMA etapa. Llego a Sevilla. Es la primera vez que escribo desde que sa-  
lí hacia Guinea hace ya  
más de un mes. El tiempo subjetivo  
es mayor que el tiempo objeti-  
vo. Por la intensidad, no siempre  
agradable. Los días pasan y la  
adrenalina, la urgencia, no me  
han dejado pensar mucho sobre  
las tragedias diarias. La falta de  
intimidad también ayuda a que  
esas lágrimas no salgan.

Veo un reportaje de nuestro tra-  
bajo en Guinea. Por primera vez,  
se me hace un nudo en la garga-  
nta. No hago nada para contener  
las lágrimas, incluso trato de for-  
zarlas. Es como si, al llorar, me  
limpiara de todas las imágenes  
tristes vividas este último mes. Pe-  
ro no vienen.

Llegué hace unos días a Europa.  
La psicóloga de la unidad de salud  
de Médicos Sin Fronteras (MSF)  
me advierte sobre los problemas  
de la vuelta. Que tengo que estar  
preparada para el rechazo, incluso  
de los más cercanos. Pienso en mi  
familia y en los amigos (categorías  
de límites difusos y superpuestos)  
que confían en que, de verdad, si  
no hay síntomas, no hay peligro. Y  
agradezco la fortuna que tengo.

Detienen en Estados Unidos a  
una enfermera por el simple he-  
cho de haber ido a Sierra Leona.

Sí, detenida. Cualquier otra pala-  
bra es un eufemismo. Aislada sin  
tener síntomas, por miedo, desco-  
nocimiento e incompetencia. O  
nos tratan como a héroes o como a  
delincuentes... ¿acaso no hay tér-  
mino medio? Solo somos personas  
que hemos decidido ir a África oc-  
cidental porque el mundo no está  
dando respuesta a pesar de los lla-  
mamientos.

Más de 17.000 casos. No conse-  
guimos modificar con nuestras  
acciones el curso natural del bro-  
te. Empiezan a verse iniciativas en  
el terreno. Pero aún son pocas.  
Perdemos.

Los hospitales están vacíos; los  
centros de salud, cerrados en su  
mayoría. La gente muere de dia-  
rrea o neumonía. Mathias, gran-  
de, dirige el centro de salud del de  
Bouffoussou. Implicado hasta la  
médula va de casa en casa, con-  
venciendo y sensibilizando a la  
gente para que vengán al centro si  
sus síntomas son compatibles con  
el virus. También trabaja en el se-  
guimiento de todas las personas  
que hayan tenido contacto con un  
enfermo o hayan participado en  
un funeral, y les pregunta diaria-  
mente por los síntomas.

Él solo hace el trabajo de tres per-  
sonas. Y me confiesa que tiene mie-  
do, miedo de no reconocer un día a  
un enfermo y contagiarse. Que es-  
tá pensando en huir. No puedo juz-  
garle. Que nadie lo haga: trabaja de  
sol a sol sin la protección adecuada  
porque no le llegan las mascarillas  
o las gafas que alguna organización  
prometió darle. Le dejo dos o tres,  
de nuestro stock, que por desgracia  
ya va justo. Y es que el personal clí-



Julia García, en Guinea.

nico está en riesgo: un motivo más  
para que MSF se implicase en las,  
hasta ahora, pequeñas epidemias  
de fiebres hemorrágicas del centro  
de África. Porque quedarse sin sa-  
nitarios será una de las tragedias de  
las que África occidental tendrá  
que sobreponerse.

Y entre tanta palabra, la gente  
sufre. Con nombres y apellidos.

Situaciones dramáticas cuya des-  
cripción se hace imposible.

Daniel. De 5 años. Acepta dócil-  
mente que, vestida de astronauta,  
le separe de su hermano David pa-  
ra llevarle a la zona de confirma-  
dos: Allí estará solo hasta que su  
hermano entre también para aca-  
bar muriendo los dos.

Djene. De 8. Una niña que llega

en una ambulancia después de seis  
horas de viaje con otros seis pacien-  
tes. No habla. La llevamos en cami-  
lla, de nuevo, con nuestros trajes de  
astronauta. Trato de crear algún ti-  
po de contacto y me doy cuenta de  
lo difícil que es cantar con el traje  
puesto. Es como si intentara cantar  
corriendo un maratón. Hoy no ha-  
ce mucho calor y puedo estar más  
rato con el traje y acompañarla pa-  
ra intentar que tenga un final digne-  
do. Es parte de nuestro trabajo.

Peve. Un nene de 15 días. Perma-  
nece solo la mayor parte del día.  
Llora y el resto de los pacientes no  
pueden cogerle para consolarle: es-  
tá en la zona de quienes esperan el  
resultado del test, y allí es estricta-  
mente necesaria la regla del no  
contacto, hay que evitar la conta-  
minación cruzada. Cada vez que  
entro, estoy 30 minutos con él. No  
se lo digáis a nadie pero, en el re-  
parto de tareas, ya me preocupo de  
que me toque asistirle. Le doy de  
comer y le canto alguna nana, le  
cambio los pañales y le examino. El  
primer test es negativo. Quién sa-  
be... puede que solo sea una sepsis.

¡Oude se ha curado y acaba de  
salir del centro! Vio morir a sus  
padres. Cuando fui a su casa, pa-  
ra aconsejarles a ella y a sus dos  
hermanos que vinieran al centro,  
sus ojos eran puro terror. Afortu-  
nadamente, Oude aún cuenta con  
un hermano sano que no tiene  
miedo de abrazarla.

Y así podríamos seguir, nombre  
a nombre, hasta las más de 17.000  
personas que se han infectado.  
Recordémosles con nombres y  
apellidos, y démosles la dignidad  
que merecen.